

La feria de los días

Después de trece años de presencia ininterrumpida, *México en la Cultura*, suplemento semanal del diario *Novedades*, ha concluido lo que llamaremos su primera época.

La enunciación del hecho es sencilla. Su comprensión cabal sería ya más difícil. Y tal vez sea yo el menos indicado para emprender un análisis de las razones y sinrazones que condujeron a tan repentino fin de un largo esfuerzo. Yo mismo no las comprendo del todo. Además, la situación me incumbe de modo íntimo y directo; no podría, aunque lo quisiera, lograr una consideración objetiva de los factores en juego. En los últimos tiempos, mucho de lo escrito por mí vio la luz en aquellas páginas; muchas fueron también las energías personales que dediqué a la marcha de aquella obra.

No. No entraré en profundos exámenes ni esclareceré ningún enigma. Pero hay cosas que no pueden mantenerse en silencio.

Por ejemplo, la solidaridad del grupo que redactaba el suplemento.

Al confirmarse la noticia de que Fernando Benítez, por causas ajenas a su voluntad, abandonaba la dirección, no hubo una sola voz disidente. Si él partía, nos iríamos con él. Y es que no era posible obrar de otro modo. *México en la Cultura* ha representado para nosotros, sus colaboradores, más que una tribuna abierta a la opinión individual, más que un instrumento de difusión, la certeza de un trabajo y una obra común. No se iba ahora un funcionario, ni siquiera tan sólo un amigo, sino, sobre todo, el símbolo del espíritu que había animado nuestra labor conjunta.

Para algunos, sin embargo, ese gesto llevó aparejado un sacrificio incalculable. Algunos hay que vivían del muy escaso producto de sus artículos semanales. Tampoco ellos vacilaron un instante.

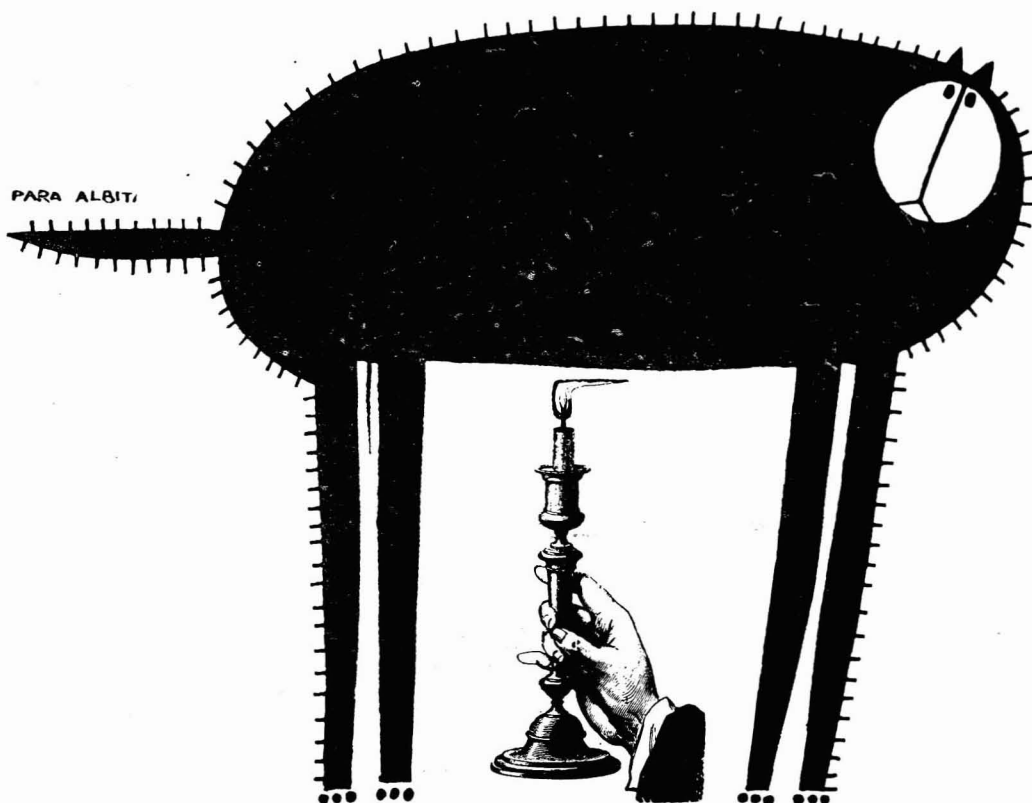
Miro hacia atrás. Recuerdo episodios de diversos colores. Altibajos. Discusiones. Entusiasmo compartido. El acuerdo y el desacuerdo eran accidentes en un camino cuya necesidad nos constaba, calladamente, por igual.

En el pequeño cuarto que nos servía de redacción, Benítez hilvanaba sin transición exclamaciones triunfales. Vicente Rojo, hombre de pocas palabras, medía textos, calculaba espacios, movía la cabeza, se encogía de hombros, arqueaba las cejas. Menudeaban los visitantes, con o sin motivo periodístico. Y el material también se multiplicaba; era preciso elegir, desbrozar no poco, ajustar leyendo y relejendo...

Pero dejemos la historia menuda. Lo fundamental es dejar aquí una constancia de la honda preocupación que suscita el que puedan acontecer todavía supresiones de esta naturaleza.

Como quiera, parece a última hora que la empresa común seguirá dando sus frutos. Fuera de su recinto original, desde luego. Así se ha decidido, y así esperamos que sea.

—J. G. T.



Gato periodista pasando por la prueba de fuego